

COLUMELA

LIBRO DE LOS ÁRBOLES



LA LABRANZA

LIBROS I-V

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

COLUMELA

LIBRO DE LOS ÁRBOLES

•

LA LABRANZA

LIBROS I-V

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 329

COLUMELA

LIBRO DE LOS ÁRBOLES

•

LA LABRANZA

LIBROS I-V

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ IGNACIO GARCÍA ARMENDÁRIZ



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSE JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO .

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JORGE FERNÁNDEZ LÓPEZ .

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2004.

www.editorialgredos.com

REF. GEBO409

ISBN 9788424937058.

INTRODUCCIÓN ¹

«Poco a poco, los techos abovedados y las paredes pintadas al fresco se vienen abajo, las prensas para el vino quedan inservibles y las bodegas se convierten en almacén de grano. Abandonada y saqueada, la *uilla* da cobijo a familias de pastores. Dos esqueletos de la alta Edad Media enterrados bajo el pórtico dan fe de unas gentes de huesos débiles y mal formados, de un existir en el límite de la supervivencia. El subdesarrollo tiene entre nosotros una historia más larga que las fases de ‘milagro económico’, aunque deje menos huellas en el subsuelo. Con su llana y su pala, el arqueólogo trata de rehacer la continuidad de la historia a través de los largos intervalos oscuros.»

Una continuidad que, casi dos mil años más tarde, nos remite a la obra de Columela como necesario y precioso complemento de los hallazgos del arqueólogo a la hora de reconstruir lo que fuimos y, en alguna medida, somos todavía. La cita reproduce el párrafo final de un artículo de Ítalo Calvino, publicado en 1980 en las páginas de *La Repubblica*, a propósito de las excavaciones de la *uilla* romana de Settefinestre, en la costa tirrena. Calvino lo tituló «El cerdo y el arqueólogo»: ese año, el equipo dirigido por Andrea Carandini había sacado a la luz las pocilgas de la granja, que plantearon algunas cuestiones concretas relacionadas con la cría de tan sustancioso animal. El escritor italiano, estudiante de agronomía en su juventud,

sabe de qué habla; la *uilla* de Settefinestre responde, claro es, a lo descrito en los tratados agronómicos antiguos, en particular los de Varrón y Columela, y de ellos echa mano para debatir y aclarar las dudas suscitadas por la labor de los arqueólogos. De paso, demuestra que leer esas obras puede ser algo más que una tediosa obligación ² .

Vida

Lucius Iunius Moderatus Columella , es decir, Lucio Junio Moderato (o Moderado) Columela, nombre completo que dan a nuestro escritor los manuscritos, así como la inscripción de que luego se hablará, era originario de *Gades* , la actual ciudad de Cádiz: *in nostro Gadium municipio* , dice en *Res rustica* VIII 16, 9 ³ , tratando de cierto pescado atlántico, el gallo o pez de San Pedro; y en X 185 se refiere a una variedad de lechuga propia de las costas tartesias o gaditanas (*et mea —sc. lactuca— quam generant Torsesi litore Gades*) . No podemos precisar la fecha de su nacimiento, si bien los datos que pueden recabarse de su obra y de otras fuentes antiguas hacen pensar que pudo ser por los mismos años en que Cristo venía al mundo en el otro extremo del Mediterráneo, *sub Caesare Augusto* ⁴ . Seguramente su infancia y mocedad transcurrieron en tierras de la Bética, donde estaba afincado su admirado tío Marco Columela —*uir inlustribus disciplinis eruditus ac diligentissimus agricola Baeticae prouinciae* ⁵ —, mentor de su iniciación en la economía rústica. Suponemos que luego se trasladó a Roma, aunque ignoramos cuál fue allí su ocupación. Sí sabemos que, antes de escribir su obra en edad madura, estuvo en Oriente (en Siria y Cilicia, donde

observó la siembra del sésamo, según refiere en II 10, 18), tal vez como mando superior del ejército romano; así lo sugiere al menos la inscripción encontrada en Tarento, funeral u honoraria, que nos lo presenta como tribuno militar de la legión sexta (*CIL IX 235*)⁶ :

L · IVNIO · L · F · GAL
MODERATO
COLVMELLAE
TRIB · MIL · LEG · VI · FERRATAE

En cualquier caso, las primeras palabras de la obra — *Saepenumero ciuitatis nostrae principes audio culpantis ...*— sitúan ya a Columela en lo más alto de la sociedad romana, el ambiente en que se movían otros hispanos como él, Séneca el filósofo o Junio Galión, a quienes nombra con admiración y afecto: en III 3, 3, el primero es calificado de *uir excellentis ingenii atque doctrinae* , y en IX 16, 2, se referirá al segundo como *Gallio noster* ⁷ . A sus posesiones agrícolas, situadas en los alrededores de Ardea, Carséolos o Alba (tres lugares del Lacio) ⁸ , dedicó sin duda gran parte de su tiempo y lo mejor de sus energías: Columela demuestra un profundo conocimiento de la labranza, a la vez erudito y práctico, que presupone el contacto directo y continuado con la realidad de las *uillae* . Otra finca, mencionada en la *Res rustica* a propósito de la maravillosa feracidad de sus vides, ha sido —es todavía— objeto de controversia: en III 3, 3, el gaditano dice *in nostris Caeretanis*; y en III 9, 6, dirigiéndose a Silvino, también propietario en el mismo lugar, *in Caeretano tuo* ⁹ . Pues bien, la ubicación de esos *agri C(a)er(r)etani* ha sido bastante discutida. Adoptada en principio la lección *Cerretani* , se identificaron durante mucho tiempo con los cerretanos de la Tarraconense citados, entre otros, por Marcial, hasta que los Rodríguez Mohedano, y tiempo

después W. Becher, defendieron la tesis hoy más aceptada, que restituye la forma *Caeretanus* y sitúa esas tierras de Columela y de su amigo Silvino en la etrusca *Caere*, hoy Cervéteri, a pocos kilómetros de Roma por la vía Aurelia ¹⁰. Existe, en fin, una tercera hipótesis que lee *Ceretani* y sitúa esos campos en la hispana *Ceret* (hoy Jerez); formulada primero y desestimada luego en el ámbito de la filología germánica, esta identificación —que implica también a Silvino como *possessor* en la Bética— ha sido defendida de nuevo con renovada argumentación por don Antonio Tovar ¹¹. Sobre la fecha de la muerte de nuestro autor, distintos indicios apuntan a que le sobrevino en edad avanzada, aunque seguramente no más allá de los 65 ó 70 años (Plinio, que escribe por los años setenta del siglo, lo cita ya como no vivo).

Una cuestión, en fin, habitualmente preterida en los últimos tiempos, aun sin estar del todo resuelta, es la posible identidad de nuestro agrónomo y el filósofo neopitagórico Moderato de Gades. Tal posibilidad fue planteada por Nicolás Antonio, quien no acaba de decidirse al respecto, y Fabricio la recoge en su *Bibliotheca Latina*, juzgándola muy improbable ¹². Los Mohedano, en cambio, se inclinan por identificarlos, aunque con ciertas reservas, y un siglo después, Bücheler seguirá encontrando muchos puntos comunes a uno y otro, lo que le llevará a defender, si no la identidad, sí un parentesco entre ambos ¹³.

Obra

De sus escritos hemos conservado la *Res rustica*, en doce libros, y un *Liber de arboribus* que todos los

manuscritos conservados traen inserto en la obra mayor como libro III, de manera que durante siglos la tradición conoció un solo tratado con trece libros. Enseguida me referiré a los interrogantes de todo tipo que el *Libro de los árboles* plantea.

Aparte, Columela mismo afirma (XI 1, 31) que había compuesto también una obra *aduersus astrologos* con el fin de refutar la creencia exagerada en el influjo de los astros en el clima; y en otro lugar nos dice que tiene intención de escribir acerca de «los ritos seguidos por los antiguos en las lustraciones y demás ceremonias que se hacen para favorecer la cosecha» (II 21, 5), pero ignoramos si llegó a cumplir su propósito. Por último, casi todos los manuscritos que presentan la tabla de materias al final del libro XI (entre ellos los más antiguos, carolingios, el *Sangermanensis*, S, y el *Ambrosianus*, A), añaden una nota advirtiendo que, además de los doce libros, existe otro dedicado a Eprio Marcelo ¹⁴ que trata de las viñas y los árboles. Si la nota, como parece, no es de Columela, sino posterior, sí certifica al menos un momento de la tradición de la *Res rustica* con los doce libros originales, antes de la inserción del *De arboribus* como libro III ¹⁵.

En cuanto al *singularis liber ad Eprium Marcellum*, muchos piensan que hay que identificarlo precisamente con el *Liber de arboribus*, el cual trata asimismo de las viñas y los árboles. No dejan de suscitarse, sin embargo, algunos reparos. Ningún manuscrito nos ha transmitido la dedicatoria a Eprio Marcelo en el *Liber de arboribus* y, por otra parte, parece que éste no fue en principio un *liber singularis*, aunque sea el único conservado en la tradición

manuscrita, pues comienza con la alusión a un primer (*primo*) volumen o libro, de modo que la obra estaba compuesta al menos de tres (si hubieran sido sólo dos, sería de esperar *priore*) : *Quoniam de cultu agrorum abunde primo uolumine praecepisse uidemur, non intempestiua erit arborum uirgultorumque cura, quae uel maxima pars habetur rei rusticae* (árb . 1, 1) ¹⁶ . Una posibilidad es que la dedicatoria fuera suprimida al pasar ese *singularis liber* o *Liber de arboribus* al cuerpo de la *Res rustica* como libro tercero —ya que mantener la dedicatoria a Eprio Marcelo en un tratado cuyo destinatario repetidamente expreso era Publio Silvino habría sido incongruente—, pero todavía tendríamos que explicar por qué el libro II, donde se trata el «cultivo de los campos», se adjetiva *primus* y no *prior* . ¿Basta este inconveniente para rechazar la ecuación *singularis liber ad Eprium Marcellum = Liber de arboribus*? Posiblemente, no. Columela pudo conservar ese libro como único resto de una primera redacción de su obra; posteriormente sería introducido en el arquetipo de S y A como libro III ¹⁷ , pero sin que el ensamblaje fuera perfecto: aunque se eliminara la dedicatoria a Eprio Marcelo, en el párrafo inicial quedó la referencia a un libro no «anterior», sino «primero»; además, la nota al final de la tabla de materias del libro XI revelaba la distribución original ahora alterada, y las citas internas de la *Res rustica* , así como las referencias de otros autores a pasajes de Columela, mostraban la incoherencia en la nueva numeración de los libros. Las primeras ediciones mantuvieron todavía esa ordenación equivocada, con el *Liber de arboribus* inserto en la *Res rustica* como libro III; fue la edición veneciana de Aldo

Manucio y Jucundo de Verona (1514) la que, mediante el examen a fondo de la cuestión y aportando pruebas concluyentes, restableció la auténtica distribución de los libros —la *Res rustica* en doce libros, y aparte el *De arboribus* — según la conocemos hoy. Ahora bien, en lo que se refiere al *Libro de los árboles* , no sólo se discute su identificación con el libro dedicado a Eprio Marcelo, sino incluso la autoría columeliana. Aldo, en su edición de 1514, se limitó a plantear la cuestión, si bien se inclina a creer que es obra de Columela, igual que Nicolás Antonio, quien recurre a la hipótesis de una doble redacción del tratado, de manera que el *De arboribus* sería reliquia de una primera versión, más modesta, de la *Res rustica* . En general, los filólogos han abundado en esta opinión, fundándose sobre todo en las citas del libro que se encuentran en Plinio y Paladio como de Columela; pero no han faltado algunas voces disonantes: ya en el siglo xvii , Caspar von Barth atribuyó el opúsculo a Gargilio Marcial ¹⁸ , un autor del siglo iii cuya obra *De hortis* debe bastante a Columela; y en fechas más recientes, Will Richter ¹⁹ ha llegado a la conclusión de que el libro fue escrito por un abreviador anónimo del siglo ii o de un momento posterior, a su juicio harto peor agrónomo y escritor que el gaditano ²⁰ . Y si bien es cierto que Raoul Goujard, erigiéndose en el principal valedor de la autoría columeliana, ha rebatido con determinación e insistencia los argumentos de Richter ²¹ , hoy por hoy la cuestión no puede darse por zanjada ²² .

Un problema añadido, aunque menor, es el suscitado por el pasaje donde Casiodoro atribuye a Columela dieciséis libros sobre agricultura: *Columella XVI libris per diversas*

*agriculturae species ... illabitur (Inst . I 28, 6 = Migne LXX, 1142 y siguientes). La notación de la cifra es una lección dudosa, fácilmente imputable a una confusión del copista, pudiendo leerse XIV o XIII , variantes que también se encuentran en los códices ²³ . De acuerdo con la lectura elegida (XVI, XIV o XIII) , se calcula de forma distinta el número de libros que tenía la obra a que perteneció el *De arboribus* , así como el total de libros de Columela conocidos por Casiodoro, incluyéndose o no en el cómputo sus escritos *aduersus astrologos* y *pro frugibus* (si es que éste fue algo más que un proyecto). No reproduciré aquí los diferentes cálculos e hipótesis, posibles casi todos, pero ninguno concluyente ²⁴ .*

Contenido y estructura de la «Res rustica»

El presente es el primero de los dos volúmenes de que constará la obra de Columela en esta Biblioteca Clásica Gredos; incluye el *Libro de los árboles* y los libros I a V de la *Res rustica (La labranza)* . Falta, pues, un segundo volumen que completará la traducción de la *Res rustica* con los libros VI a XII. En los párrafos siguientes me referiré al contenido de la obra y a su distribución en los distintos libros. Vaya por delante que la *Res rustica* columeliana es, sin lugar a dudas, la obra más completa e innovadora que la Antigüedad nos ha legado en materia agronómica. Según una convención habitual en la poesía didáctica, escrita con un destinatario expreso (el *Perses* de Hesíodo, el *Memio* de Lucrecio, etc.), los doce libros de la obra mayor están dirigidos a un tal Publio Silvino, de quien nada se sabe salvo lo que en ella leemos. La ausencia de otras fuentes que aporten más

datos sobre él, junto con el hecho de servir a veces como contrapunto a las tesis agronómicas del autor, movió a P. D. Carroll a sostener el carácter ficticio del personaje, que habría sido inventado por Columela para personificar ideas contrarias a las suyas²⁵. La hipótesis, seductora en algunos aspectos, casa mal con determinados pasajes de la *Res rustica* donde la referencia a Silvino produce más bien una impresión de autenticidad, incluso cuando ejerce ese papel de contraposición a que aludíamos, como en V 1, 1-4, donde Columela justifica no haberse ocupado de ciertos aspectos de la agricultura, aunque acaba cediendo a los ruegos de su interlocutor. Si se trata de una invención funcional, sin más, no se ve la necesidad de atribuirle la propiedad de una finca concreta (III 9, 6) o de mencionarlo en compañía de otros amigos del autor que sí conocemos, Marco Trebelio, por ejemplo (V 1, 2-3), o Galión (IX 16, 2).

El libro I comienza con un largo prefacio general, de gran importancia para conocer el pensamiento de nuestro escritor, solemne y pleno de amargo entusiasmo, si así puede decirse, pues en él se funde la queja por el mal estado de la agricultura con la exposición del verdadero origen de esos males y su posible remedio. Como otros escritores latinos, Columela funda el prestigio de la agricultura en el *mos maiorum* y los viejos *exempla*, pero al mismo tiempo es evidente, en este Prefacio como en el resto de la obra, la voluntad de procurar, más allá de una economía de subsistencia, la mayor rentabilidad de los cultivos²⁶. Sigue una nutrida relación de escritores griegos y latinos —más el cartaginés Magón— de agricultura, y expone luego Columela las condiciones requeridas por la

hacienda en cuanto a su ubicación, la calidad del suelo y la salubridad del lugar, ocupándose también de las edificaciones que habrán de levantarse en ella. Termina el libro con instrucciones para el propietario y el capataz referentes al modo de tratar al personal servil. El segundo libro se abre, a instancias de Silvino, quien ha leído ya el primero, con una renovada refutación de la doctrina común que veía el agotamiento de la tierra como un proceso inevitable, y contra la cual Columela se había manifestado en el Prefacio general, para pasar enseguida a describir las clases de terreno y, sobre todo, pues ese es el contenido principal del libro, las labores necesarias para el cultivo de cereales y legumbres. Interesa señalar que en el código S (*Sangermanensis*, siglo IX), el de mejor nota, el libro II es titulado *sementiuus*, esto es, «el de la siembra»²⁷, y cultivos de siembra son, en efecto, los de los cereales y las legumbres (incluidas las plantas forrajeras) que en él se exponen.

Esta denominación —*liber sementiuus*—, presente como título en la tradición textual más antigua, debe juzgarse en principio genuina y entenderse complementariamente y en paralelo a la que aparece encabezando el siguiente libro, el III, llamado *surcularis prior* en los dos códigos más antiguos y en bastantes *recentiores*, así como en la tabla del final del libro XI. Es de imaginar que el propio Columela, o bien un copista temprano, quiso distinguir con ese adjetivo los cultivos mediante planta (plantón, injerto, esqueje = *surculus*) —es decir, la viticultura principalmente, pero también otros tipos de árboles y arbustos— de los del libro II, cuyo método es la siembra. El libro IV continúa la

exposición de la viticultura iniciada en el libro anterior y no lleva ningún epígrafe en los manuscritos (le correspondería el de *surcularis secundus*); sí lo lleva, en cambio, el libro V, llamado *surcularis liber tertius* en los dos códices más antiguos, S y A, y en no pocos *recentiores* (en parte, los mismos que llamaban *surcularis prior* al III) ²⁸ . Este libro empieza con un compendio de agrimensura al que sigue la referencia a la viticultura en las provincias y a la formación de la arboleda emparrada o *arbustum* , cultivo de la viña propio de Italia, así como a la plantación e injerto de otros árboles (olivos, frutales, cítiso). Se cierra así, con cinco libros, la parte estrictamente agrícola de la *Res rustica* , ya que los restantes (VI-IX) del plan inicial están dedicados a la ganadería ²⁹ .

Recordemos que el *De arboribus* o *Libro de los árboles* figura en todos los códices conservados como *liber tertius* , insertado entre el *sementiuus* y el *surcularis prior* , de manera que éste (aun siendo en puridad el III) se convierte en el libro IV de la tradición manuscrita, y así los siguientes hasta el XII y último, que es el XIII de los manuscritos ³⁰ . Se ha dicho que su contenido resume el de los libros III, IV y V, pero en realidad lo que en él encontramos es una exposición parcial del contenido de esos libros, ya que en determinados asuntos el texto corre en paralelo, llegándose en algunos puntos a una equivalencia prácticamente literal, mientras que muchos otros aspectos expuestos en ellos faltan por completo en el *Libro de los árboles* . Dos circunstancias (¿independientes?) hacen particularmente llamativa la relación entre el libro V de la *Res rustica* y el *De arboribus* . La primera, el sorprendente mal estado del texto

en el libro V, sobre todo desde el capítulo 8 hasta el final; la segunda, el ceñido paralelismo textual, en especial a partir de V 5, 10 / *árb* . 18 (en esta parte el texto es prácticamente idéntico).

La parte pecuaria de la *Res rustica* incluye primero un par de libros, el VI y el VII, dedicados respectivamente al ganado mayor (buey, mula y caballo) y menor (oveja, cabra y cerdo, más el perro y el asno), con un prefacio común a ambos y amplias nociones de veterinaria. Los dos libros restantes, el VIII y el IX, exponen las *villaticae pastiones* , esto es, la cría de animales de granja, según esta distribución: gallinas, palomas, tordos, pavos, gansos y patos, más la piscicultura, se tratan en el octavo; las reservas de caza (liebres y otros animales salvajes), más la apicultura, van en el noveno. El cuadro de la economía rural parece así completo, pero al final del libro IX anuncia Columela que va a tratar la horticultura, en verso, cediendo a los ruegos de Publio Silvino y de Junio Galión, el hermano de Séneca. Y escribe el libro X, con más neta ambición literaria que los anteriores, en la estela de las *Geórgicas* virgilianas y del poema didáctico alejandrino ³¹ . Las descripciones brillantes y coloristas priman en él sobre la precisión técnica que caracteriza los libros en prosa. Por lo demás, como ha señalado René Martin, Columela deja ahora la gran explotación y pasa a describir un trozo de tierra que puede cultivar un sólo hombre y que evoca el huertecillo virgiliano primorosamente atendido por el viejo tarentino (*Geórg* . IV 125-146) ³² . Aquí como en alguna otra parte del tratado —aun siendo desde luego el autor más citado también en los libros en prosa— es Virgilio, si se me permite

parafrasear a Saint-Denis, el espejo en que se mira nuestro Columela ³³ .

Por más que al comienzo del libro X, en su prefacio en prosa, viene a decir nuestro agrónomo que ése va a ser el último libro del tratado ³⁴ , añadirá luego el undécimo a instancias de su joven amigo Claudio Augustal, prosificando la horticultura ya expuesta en hexámetros. Pero a las labores del hortelano preceden dos largos capítulos: retoma el primero el tema, ya tratado en el libro I, de los deberes del *vilicus* o capataz, mientras el segundo desarrolla un calendario rústico, útil complemento para la ejecución de cuanto se ha venido explicando. Al final del libro XI, según dijimos, muchos manuscritos traen un índice por materias de los distintos libros, supuestamente añadido por el propio Columela, que parece poner fin a la obra. No es así, sin embargo, y todavía se incorpora el libro XII, el más extenso, que expone, en paralelo con el prontuario del *vilicus* recogido en el libro anterior, los deberes de su compañera y asociada, la *vilica* , junto con una larga serie de recetas para preparar toda clase de conservas caseras.

Consideración aparte merece el contenido ideológico de la obra, al que ya he aludido al referirme al Prefacio general. En este asunto es inexcusable acudir al estudio de René Martin sobre el pensamiento social y económico de los agrónomos latinos ³⁵ , cuyas conclusiones, discutibles a veces, han sido punto de partida obligado para cualquier estudio ulterior. Las relativas a Columela (págs. 289-373) fueron refundidas por el mismo Martin en unos pocos y densos párrafos publicados después ³⁶ , que intento a mi vez sintetizar aquí. Tras afirmar la ausencia de innovación

tecnológica relevante en la obra de nuestro agrónomo, el investigador francés señala su extraordinaria significación, por el contrario, como pensador económico. Columela parte de una actitud activa que le lleva a analizar con particular lucidez la mala situación de la agricultura itálica, propugnando —contra el abandonismo que se resigna a la *agrorum infecunditas* como a una fatalidad inevitable— el replanteamiento racional de las formas de producción. Esta nueva visión de lo que es y puede ser la agricultura, expuesta a lo largo de la obra, y particularmente en el Prefacio general, se concreta en los puntos siguientes.

Partiendo de una perspectiva que enlaza con Virgilio y el pensamiento estoico, nuestro autor desarrolla lo que se ha dado en llamar «ideología della terra»³⁷, en virtud de la cual la agricultura debe ser considerada como la primera actividad humana por su valor ético, económico y social; desechados el ejército y el comercio como medios ilícitos de fortuna, la propiedad y explotación de la tierra aparecen como fundamento de la sociedad y el Estado. Columela rechaza la teoría de la creciente esterilidad del suelo, expuesta ya por Lucrecio: en opinión de nuestro agrónomo, la tierra no envejece, ni es cierto que un cultivo intensivo agote su capacidad generadora, sino que el problema reside en la adecuada nutrición del suelo³⁸. Consecuentemente, Columela defiende con insistencia el abonado del terreno, que en su época sólo podía ser orgánico. De ahí su interés por unir agricultura y ganadería, vistas por él (VI 1) como complementarias; critica así implícitamente la práctica común entonces de trasladar el pastoreo al *saltus*, con lo que las tierras de labor quedaban privadas del principal

medio de reconstitución. Con todo, inmerso en una sociedad y un modo de producción esclavista, Columela no cuestiona el sistema como tal, sino su funcionamiento. Propone medidas concretas para males que diagnostica sin embozo (el absentismo de los propietarios, la descuidada elección de capataces y esclavos) ³⁹ y aconseja tratar con consideración —más por interés que por humanidad— la mano de obra servil. La escasa viabilidad de tales propuestas no impide que la suya sea una de las reflexiones más lúcidas llevadas a cabo en la Antigüedad sobre el sistema de producción esclavista. Pero su idea más original quizá sea que el propietario ha de tener la posibilidad y, sobre todo, la voluntad de «invertir», introduciendo mejoras en el proceso productivo, fundamentalmente en cuanto a la calidad de la mano de obra. Se advierte aquí de nuevo una actitud de sorprendente modernidad, que prefigura los modos capitalistas ⁴⁰. Plinio el Viejo defenderá, al contrario que Columela, el abaratamiento de los costes de producción como único medio de compensar la inevitable, al parecer, mengua de las ganancias ⁴¹. Tales son, al hilo de la exposición de René Martin, las ideas más relevantes en la ideología social y económica de nuestro autor. Conforman un análisis detallado y penetrante de la agricultura romana, y en no pocos aspectos prefiguran directrices y conceptos de la historia económica posterior ⁴².

Fuentes y método

Columela hace gala de un amplio conocimiento de la tradición agronómica. La lista de autoridades que ofrece en I 1, 7-14, comprende más de cincuenta nombres, entre

griegos (Hesíodo, Demócrito, Jenofonte, Arquitas de Tarento, Aristóteles, Teofrasto, y otros muchos que apenas conocemos) y latinos. Éstos son diez: Catón, los dos Saserna, Tremelio Escrofa, Varrón, Virgilio, el tratadista de apicultura Higino, Cornelio Celso y dos especialistas en la viticultura, Julio Àtico y Julio Grecino; a los que hay que añadir el púnico Magón —*rusticationis parens*, lo apoda—, a quien lee en su versión latina. Es evidente, sin embargo, que no todos los autores de esta larga nómina han sido utilizados por igual. Como ha señalado B. Baldwin ⁴³, son ciertamente las obras latinas —incluida la de Magón— las más utilizadas, y entre ellas las *Geórgicas* virgilianas constituyen un caso especial; Virgilio es citado más de treinta veces, algunas mediante epítetos que suplen su nombre y que van desde el encendido *verissimus vates* (I 4, 4) al sencillo *poeta* (VI 27, 4), «el poeta» por antonomasia ⁴⁴.

Con todo, esta devoción por Virgilio no impide a nuestro agrónomo impugnar su doctrina cuando lo cree necesario, y lo mismo sucede con los restantes autores. Pues Columela se sirve de las fuentes filtrándolas a través de su propio criterio, seleccionando y valorando lo que en ellas lee. No suele quedarse en mero compilador o divulgador de las teorías expuestas por sus predecesores, sino que valora esa información a la luz de su experiencia personal, abierta a cualquier innovación ventajosa. *Experto mihi crede, Siluine* ..., pide a su destinatario (IV 3, 5), es decir, «créeme porque no hablo de oídas, sino por experiencia». Su examen crítico de las opiniones de los agrónomos precedentes se funda en la constante experimentación; de ahí que haya podido

afirmarse que *his most important source is his own practical knowledge* ⁴⁵ , y que no parezca excesivo calificar de «científico» el método del gaditano ⁴⁶ . Todo lo cual no impide a nuestro Columela ser hijo de su tiempo y dar cabida en su tratado a prácticas y opiniones que hoy consideramos descabelladas ⁴⁷ . Su actitud, en fin, ante la tradición es la de un matizado respeto, como muestran las siguientes palabras: «Mas, sean las que fueren las causas en razón de las cuales la agricultura de nuestro tiempo difiere de la de los antiguos, no deben disuadir de leerlos a quien está aprendiendo. Pues en sus obras es mucho más lo que merece nuestra aprobación que lo que merece nuestro rechazo.» (I 1, 6)

Lengua y estilo

Aunque sabemos que no resulta impropia en la literatura técnica antigua, la calidad estilística de la *Res rustica* llama nuestra atención si la comparamos con la lengua de los demás agrónomos latinos, en particular Catón y Paladio. Esa calidad, que los estudiosos de las letras romanas han reconocido habitualmente a nuestro autor, determinó, por ejemplo, que el erudito escritor ilustrado Cándido María Trigueros apodara ya a Columela «el Tulio de la Labranza» ⁴⁸ . La mención de Cicerón se revela algo más que simple marchamo de calidad y clasicismo: la influencia del Arpinate es visible desde el comienzo mismo de la obra (*Saepenumero ciuitatis nostrae principes audio culpantis ...*, en paralelo con el principio del *De oratore* (*Cogitanti mihi saepenumero et memoria uetera repetenti...*) , y continúa con otros puntos de contacto que muestran cómo Columela

ha elegido los tratados retóricos de Cicerón como modelo preferente para el Prefacio inaugural de la *Res rustica* ⁴⁹ . De este Prefacio ha dicho Richter que constituye «uno de los más notables testimonios del ciceronianismo en el siglo I después de Cristo» ⁵⁰ . Así pues, sin que ello pueda sorprendernos, Cicerón es una referencia fundamental para comprender y valorar los procedimientos retóricos de la prosa de nuestro autor; es presumible que en su formación de adolescente —todavía en la Bética, suponemos— él fue, junto con Virgilio, el principal modelo. Luego vendrá a añadirse a ambos el Varrón agronómico, con quien Columela establece una relación más propiamente de *aemulatio*: no en vano aspiraba, hasta cierto punto, a suplantarlo, como en general a la tradición agronómica anterior. Lo que no impedía tenerlo presente también a efectos retóricos, al igual que debió de ocurrir con otra fuente todavía más próxima y de dicción más sobria, el Celso agrícola que hemos perdido y que seguramente influyó no sólo en la materia, sino en la expresión literaria del gaditano. Forma y contenido son inseparables en su idea de la agronomía; así, en II 1, 2 dice de su predecesor Tremelio Escrofa que «transmitió a la posteridad, con elegancia y saber unidos, gran número de preceptos agrícolas» ⁵¹ . Es así como, con dos modelos básicos, Cicerón y Virgilio, más la presencia de Varrón y Celso, entre otros, había de configurarse la lengua y el estilo de Columela como una muestra, característica y peculiar a la vez, de la latinidad argéntea. Se habla a este propósito de una prosa artística en la que se difuminan las fronteras entre lengua de la prosa y lengua de la poesía, y se contrapone el latín enérgico, pero un tanto oscuro y

áspero, del Varrón agronómico con la fluidez y elegancia de Columela ⁵² . Y no se crea que esa calidad literaria ha beneficiado siempre a nuestro autor, pues a la larga iba a suponer un obstáculo para la difusión de la *Res rustica* , ya desde la tardía Antigüedad y durante los siglos oscuros. Plinio el Viejo y Paladio ⁵³ criticarán, con velada alusión a Columela, el uso de un estilo rebuscado cuando el tema y el destinatario de la obra requieren una exposición sencilla; y Casiodoro, en el umbral de la Edad Media, recomendará a sus monjes iletrados «la absoluta claridad» (*planissima lucidatio*) de Paladio, frente a un Columela difícil, *disertis potius quam imperitis acomodus* , esto es, «más adecuado para las gentes cultivadas que para los inexpertos» (*Instit. div . I 28, 6*).

No disponemos, sin embargo, de un estudio completo y sistemático de la lengua de Columela, y esta ausencia se traduce en apreciaciones a veces poco firmes e incluso en una cierta contradicción. Un punto dudoso, por ejemplo, es su observancia o no de las normas de la prosa métrica; mientras unos la suponen o la intuyen ⁵⁴ , hay quien adopta al respecto una actitud más prudente: Josephson, en la Introducción de su fundamental estudio sobre la tradición manuscrita de nuestro autor, declara que, vista la discutible evidencia del carácter rítmico de la prosa columeliana, no ha tomado en consideración ese hipotético «Prosarhythmus» como criterio para el establecimiento crítico del texto. Y ello en razón de que él mismo ha contabilizado las distintas cláusulas presentes en una muestra de la *Res rustica* (el Prefacio general, del libro I, y el libro IX entero) y comparado los resultados con autores de

la misma época (Plinio, Frontino, Séneca), llegando a la conclusión de que, en conjunto, la frecuencia de esas cláusulas en Columela «está más cerca de la de un texto no métrico que de la de uno típicamente rítmico (Séneca, Cicerón), si bien, por otro lado, no es mucho menor que la de Plinio el Viejo o la de Frontino»⁵⁵. Y si esta divergencia se da en un aspecto objetivo, cual es la prosa métrica, no habrá de extrañar que se produzca al evaluar rasgos de estilo más difusos, tales como el gusto por el color o un cierto dramatismo expresivo, que suelen atribuirse a los escritores hispanos del siglo I, Columela entre ellos. Si bien esto se ha dicho sobre todo del libro X, y de ello hablaré luego, a veces la etiqueta de «estilo español (hispano)» se extiende también a la prosa, aunque sea para negarlo, como en estas palabras de J. Wight Duff: «Una cosa, al menos, es reconfortante, que [Columela] no carga al lector con trozos de lucimiento o con los artificios de su época. Hay en él alusiones a costumbres hispanas y a nombres hispanos, pero no hay retórica hispana»⁵⁶.

Resulta significativo, en fin, que Francesca Boldrer recurra todavía⁵⁷ a lo escrito por Kottmann o Kappelmacher, a principios del pasado siglo, sobre la lengua de Columela⁵⁸. Martin, que cita también a Kappelmacher, se contenta con dar unos cuantos rasgos generales: búsqueda constante de la *variatio* en la sintaxis (gran número y variedad de subordinadas) y el léxico (abundancia de sinónimos), gusto por la disposición simétrica (o mediante correlaciones) de los miembros de la frase o del período, y respeto de las exigencias de la prosa métrica⁵⁹. La falta de un estudio reciente sobre la lengua de nuestro

agrónomo resulta menos comprensible tras la aparición del *Index* ⁶⁰ y la generalización de los medios informáticos, por más que en el campo lexicográfico sí han aparecido algunos trabajos ⁶¹ . Así las cosas, me limitaré a enumerar a continuación algunas características de la lengua y el estilo de la *Res rustica* , sirviéndome para ello de las observaciones de Kappelmacher y de Richter, así como de mi propia experiencia de traductor.

Rasgo principal, unánimemente señalado, es la *variatio* ⁶² , tanto léxica como sintáctica. Kappelmacher ⁶³ aporta, entre otros, los ejemplos de «arar», esto es, *arare* y sus muchos sinónimos (*inarare, imporcare, agros sulcare, agrum uertere, terram uersare, ueruagere agros, terram subigere, terram resoluere, terram perfodere* , etc.), o la secuencia de distintos pronombres: *pollicem... quem quidam custodem, alii resecem, nonnulli praesidiarium appellant* (IV 21, 3) ⁶⁴ ; o bien señala variaciones de caso, de persona o de modo en determinados pasajes. Anota asimismo el gusto por fórmulas aliteradas, del tipo *alacer atque audax* (VII 6, 9), o por la lítotes; y advierte la ausencia de preposición en construcciones como *abstinere (ab) aliqua re* o *spectare (ad)* más acusativo, así como la tendencia a usar el adverbio *longe* , en lugar de *multo* , seguido de comparativo: *longe laetior* , v. gr., en V 6, 3. En conjunto, la impresión que se obtiene no es precisamente la de una total dependencia de su admirado Cicerón, sino la de una lengua que, al decir de Kappelmacher, se sitúa «en la línea que lleva de Salustio ⁶⁵ a Tácito, pasando por Livio y Virgilio». Los tecnicismos que en ella encontramos serían los propios de la materia tratada, aunque ese dominio lingüístico del tema no está

libre de cierta pedantería. Y como trazo final del estilo de nuestro agrónomo, reconocido también por todos, anota Kappelmacher el gusto por la personificación del mundo natural, fruto del aliento poético que respira su obra y de su amor por la Naturaleza.

Richter se detendrá en este rasgo básico de la expresión columeliana, señalando analogías, paralelismos o comparaciones que humanizan plantas y animales ⁶⁶. Así, la analogía entre el organismo vegetal y el cuerpo humano de III 10, 9-11, con sus funciones respectivas, inspirada en Platón y en los estoicos; o la traslación de términos entre los mundos vegetal, animal y humano: el estiércol es el alimento con que «cebamos» al campo (II 5, 1); la cepa es como alguien a quien hay que tratar «con clemencia» (IV 27, 2); el árbol injertado debe «servir» al injerto (V 11, 11); el ganado se recoge y se cuenta al igual que se hace en la milicia con los soldados (VI 23, 2-3); el palomar se dispone de tal o cual manera para evitar «la tristeza» y el debilitamiento de las aves que están criando (VIII 8, 4). Más allá del estilo, en estos ejemplos advertimos una idea trascendente, un sentimiento de la Naturaleza. Subraya asimismo Richter ⁶⁷ la atención prestada por Columela al léxico agrícola, pero no entendido como terminología, sino como «uso lingüístico» (*Sprachgebrauch*) que en muchos casos conocemos precisamente por él. «Los agricultores lo llaman de tal o cual manera», dice a menudo el gaditano, e incluye también denominaciones no romanas: galas (*candetum, candosoccus*), hispanas (*Vulturinus, zaeus*) y sobre todo griegas (éstas abundan en la zootecnia y la veterinaria, así como en la horticultura), indicio fehaciente

de su competencia en esta lengua. En cambio, las veleidades etimologistas al modo de Varrón no tienen cabida en su tratado. Su interés por el origen de las palabras es menor que el que siente por los objetos y su denominación entre los labradores, así como por la práctica misma de la agricultura: lo cual hace pensar —concluye— que Columela destinaba su obra a distinguidos terratenientes urbanos, a quienes quería dar a conocer los nombres y técnicas agrícolas reales para ganar su confianza.

He aquí algunos rasgos característicos de la lengua y el estilo de Columela. Pero queda, seguramente, mucho por decir, y algo de ello descubre la práctica de la traducción ⁶⁸. En cuanto a los recursos estilísticos, por ejemplo, y aun siendo la *variatio* el más evidente, constatamos también cierta predilección por determinadas figuras, como la hendíadis ⁶⁹. Y en el terreno de la sintaxis son muchos los usos que merecen anotarse, de los que doy una muestra a continuación. Particular interés suscita el empleo de los pronombres: neutralización de la oposición identificador / enfático (*idem / ipse*) ⁷⁰; uso de *ipse* con valor cercano a *ille* o *is*, semejante a un artículo ⁷¹; correlación *unus ... alter ...* (IV 29, 11), equivalente a *alius ... alius ...*; utilización de algunos distributivos como cardinales ⁷², etc. En la sintaxis de los casos, el ablativo presenta algunos empleos notables que no puedo detallar aquí (mencionaré sólo el de *in + ablativo* con valor instrumental ⁷³); y en la oracional, llama la atención el uso de algunos nexos o partículas, como el *at* de transición (IV 22, 7), más que adversativo, o *iam* también como partícula de transición normalmente acompañada de

otra partícula (IV 21, 2: *iam enim*; IV 24, 6: *iam uero*) , o el adverbio *quamdiu* como conjunción equivalente a *dum* (IV 24, 7). Pero es seguramente en el léxico donde podríamos extendernos más, en razón de su riqueza y precisión; señalaré al menos que no sólo encontramos la consabida *uariatio* , sino su contrario, esto es, el uso polisémico del mismo término ⁷⁴ , algo que puede causar serios problemas al traductor. Un ejemplo notorio sería *iugum* , que no sólo significa «yugo» de uncir los bueyes, en el libro II, y «soporte» de la vid emparrada, en el III, sino que en el IV tiene la acepción más concreta, de «pértiga» o «travesaño», acorde con la definición que de esa voz daba Varrón en sus *Res rusticae* (I 8, 1). Incluso palabras en principio tan inofensivas como *uinea* y *uitis* varían ocasionalmente su sentido habitual, presentándose a veces como términos intercambiables. No hablemos ya del significado de algunos tecnicismos, acerca de los cuales existe una bibliografía específica: el caso de *bipalium* —se discute si se trata de un apero o de una técnica, o ambas cosas— es quizá el más conspicuo ⁷⁵ .

Volviendo a consideraciones más generales, ya apuntábamos que la prosa de la *Res rustica* , aparte de estar esmaltada con citas del poema geórgico del Mantuano, es una prosa poetizada en mayor o menor medida. No extraña encontrar en ella expresiones como la virgiliana (*Geórg* . I 1) *laetas segetes* ⁷⁶ , ni cierto lirismo ocasional (tal la colorista digresión sobre el otoño de III 21, 3, donde leemos que hasta el sujeto más ajeno a la agricultura habrá de maravillarse ante el espectáculo de las cepas dispuestas según su variedad y con las uvas en